

añadidura. Ocupémonos sobre todo del cuidado de merecer el cielo, y de adquirir las virtudes que nos le aseguren. Dios por su parte se encarga de darnos todo lo demás. No nos dispensa Dios por esto de trabajar, y hacer todas las diligencias necesarias para proveer á las necesidades de nuestra familia y de todos aquellos que dependen de nosotros. La negligencia en esto no sería perdonable; pero no debe mirarse como el negocio principal, y frecuentemente el único, la solitud de los bienes temporales; debemos trabajar, debemos aplicarnos á llenar todos los deberes de nuestro estado; debemos dar su tiempo á los negocios temporales; pero todo esto debe estar subordinado al grande é importante negocio, el cual es propiamente nuestro único negocio, esto es, el de la salvacion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Conservad, Señor, vuestra Iglesia por medio de una asistencia continua de vuestra misericordia; y porque siendo el hombre flaco, cae á cada paso si vos no le sostenéis, concedednos vuestro divino auxilio que nos aparte sin cesar de todo lo que puede dañarnos, y nos conduzca á todo lo que puede servirnos para nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola está sacada de la que escribió el apóstol san Pablo á los Gálatas, cap. 5.

Hermanos míos: Caminad conforme al espíritu, y no ejecutaréis los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene opuestos á los de la carne. Hacense la guerra el uno al otro, de modo que no haceis en todo lo que quisiérais hacer. Si es el espíritu el que os conduce, no estais bajo de la ley. Ahora bien, las obras de la carne son bastante visibles; las cuales

son la fornicacion, la impureza, la impudicia, la lujuria, el culto de los idolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de cólera, las querellas, las disensiones, las cabalas en materia de doctrina, las envidias, los homicidios, los excesos del vino, las disoluciones, y las cosas semejantes á estas. Sobre todo lo cual os digo, como ya os lo he dicho, que los que hacen tales obras no poseerán el reino de Dios. El fruto empero del espíritu es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Con respecto á los que tienen estas cualidades, no hay ley. Mas los que pertenecen á Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias.

NOTA.

San Pablo habla á los Gálatas en algunos pasajes como si hubiesen sido judíos; mas en todo el resto de la carta muestra bastante que habian sido convertidos del paganismo, pues que les dice que en otro tiempo no conocian á Dios, y que adoraban divinidades que no merecen este nombre. San Gregorio cree que esta carta se escribió desde Efeso, tres ó cuatro años despues de su conversion.

REFLEXIONES.

Los arrebatos de la cólera: este es uno de los frutos, segun el santo apóstol, de la concupiscencia y de la carne; de este fondo nacen las espinas, cuya picadura está siempre envenenada, y cuyas puntas no se embotan. *La cólera y el furor, una y otro son execrables,* dice la Escritura, (1). *¿Y quién puede sostener la violencia de un hombre arrebatado* (2)? Es extraño que los tristes efectos de esta pasion desenfrenada no

(1) Eccl. 27. — (2) Prov.

servan mas que para desacreditarla, sin que logren debilitarla. Querellas sangrientas, procesos imprudentemente intentados, enemistades inmortales, pérdida de bienes, accidentes, golpes funestos, desgracias que ni aun la muerte termina: tales son los frutos amargos de la cólera. Duélese uno despues, se contiene, se lamenta; pero ¿de qué sirve sujetar la mano despues que se ha tirado la piedra? El fuego apagado no deja otra cosa que negros carbones y cenizas. Confiesa uno que se ha arrebatado, detesta su violencia; pero ¿de qué sirve esta confesion? La calma no dura mucho tiempo. La acritud, la descomplanza del humor, causa muy pronto nuevos excesos; y las nubes espesadas, nuevas tempestades. La cólera procede de la extrema sensibilidad que nos causa todo lo que nos hiere: el orgullo es el que la excita y la enciende. Por mas que se acuse el natural, la bilis, el temperamento, el hombre humilde jamás montó en cólera. Nunca hay tempestades si no hay vientos recios. La dulzura, que es la contraposicion de ella, es inseparable de la humildad cristiana. La cólera es incompatible con la inocencia; un corazon que se irrita tan fácilmente es un corazon dañado (1). ¡Qué pasion mas odiosa ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano, que la cólera! Los pueblos un poco civilizados, aunque paganos, la han mirado con horror; los mas bárbaros la han reprobado, luego que han llegado á ser fieles. La cólera es un frenesi, corto á la verdad, pero que no pertenece por eso menos á la locura; siempre va acompañada de furor, y de una especie de enajenacion de espíritu. No hay pasion mas uni-

(1) Prov. 27.



Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan, ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta.

versalmente condenada, y ninguna reina mas universalmente, porque no la hay que nos domine mas pronto. Cuasi siempre es de la misma edad que nosotros. Se lisonjea en los niños; se sufre en los jóvenes; hasta se excusa con la viveza de la edad. A la verdad, una piedad sincera comienza desde luego por domar este fiero enemigo, y esto mismo prueba cuán rara es la piedad verdadera. Lo mas singular es que nos servimos de una máscara de piedad para disfrazar esta pasión; y esto es lo que ha hecho decir que no hay cólera mas maligna que la de un devoto. Agráviase á la religion sirviéndose de un nombre tan santo para designar gentes que lo son tan poco. La virtud no tiene hiel, y un hombre de bien no se encoleriza sino contra si mismo. Sus defectos son el objeto único de su hилиs; la sensibilidad, la acritud, la cólera, no se hallan nunca con la verdadera devoción. Hay tambien cóleras mudas; estas no hacen tanto ruido, pero hacen todavia mayor mal. No nos ha herido el rayo, cuando se ha oido el trueno; lo temible es cuando ni aun se ve el relámpago. Esas cóleras tumultuosas y de ruido son criminales; pero su malignidad cesa con el ruido.

El evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 6.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro, ó si respeta á aquel, despreciará á este. No podeis servir á Dios y al demonio de las riquezas. Por esta razon yo os digo: No os inquieteis, ni con respecto á vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni en orden á vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no es mas la vida que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan, ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valeis vosotros mucho mas que ellos? ¿Y quién

de vosotros, á fuerza de pensar en ello, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿porqué os inquietáis? mirad los lirios del campo como crecen; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomon, aun en medio de toda su gloria, no se ha presentado tan ostentosamente adornado como uno de estos lirios. Ahora bien, si Dios viste de este modo una yerba campestre, que hoy es, y que mañana se arroja al horno, ¿cuánto mejor lo hará con vosotros, gente de poca fe? No os inquietéis, ni digáis: ¿qué haremos para comer y para beber, y de qué nos vestiremos? Porque los gentiles son los que se inquietan sobre todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

MEDITACION.

QUE NO ES POSIBLE SERVIR Á DIOS Y AL MUNDO Á UN MISMO TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es muy extraño que amando los hombres la libertad tanto como la aman, quieran sin embargo multiplicar sus bienes, sujetándose á muchos señores, cuando naturalmente les cuesta trabajo el sufrir á uno solo. No obstante que es demasiado cierto que se hace muy pesado el yugo, no habiendo que aguantar mas que á un señor, por la mas extraña de las extravagancias se cree aliviarlo sujetándose al servicio de dos. El yugo del Salvador nos parece molesto cuando es solo, y nosotros creemos endulzarle tomando todavía el del mundo; como si añadiendo á una carga otra nueva, pudiese disminuir el peso. Conócese, conviéndose que Dios es nuestro soberano Señor, pertenecemos á él por muchos títulos, él es el que nos ha criado, y no nos ha podido criar

sino para él. Pertenecemosle inenajenablemente por el derecho de creacion, de conservacion y de redencion. Hechos esclavos despues de haber sido sacados de la nada, Dios á mucha costa nos ha rescatado para tenernos en su servicio; él es el que nos alimenta, el que nos mantiene y nos conserva, y nos ha prometido un rico, un precioso salario despues de haberle servido. ¿Hubo jamás un siervo obligado, empeñado con un señor con mas títulos que lo que nosotros lo estamos al servicio de Dios? Sin embargo, por una conducta la mas indigna, la mas injusta, la mas extravagante que puede concebirse, no estamos contentos con servir á Dios solo. Convenimos que es el mejor, el mas dulce, el mas grande, el mas poderoso y el mas liberal de todos los señores; que solo él es el que puede hacer nuestra fortuna; nosotros no la esperamos de ningun otro. Conviénese en que el mundo es el mas duro, el mas ingrato, el mas pobre de todos los amos; que nada tiene que dar aun cuando lo prometa; que su servicio es una vergonzosa servidumbre; que no merece por ningun derecho el nombre de señor; que en su servicio no hay mas que esclavos; que es propiamente un tirano, y que no sabe hacer otra cosa que desgraciados. Sin embargo, á pesar de esta conviccion, confirmada todos los dias con centenares de ejemplos, pocos son los que quieran tener á Dios por su único señor. Quiérese servir á Dios; pero se quiere tambien servir al mundo, se quieren partir los servicios. No somos tan impios ni tan irreligiosos, que nos neguemos á servir á Dios; pero; cuán pocos son los fieles verdaderos que no quieran servir mas que á Dios solo! Quiérese tambien servir al mundo, sométese á sus duras leyes, tómase su

librea con placer, hácese profesion de seguir su espíritu y sus máximas. El nuevo señor es duro, su servicio es amargo é ingrato; no importa, se le sirve con gusto; se ama su yugo por mas gravoso que sea; se quieren hasta sus sinsabores y sus desgracias; no nos quejamos, mucho menos nos desanimamos, mientras que no cesamos de quejarnos de la pretendida pesadez del yugo de Jesucristo; por mas dulce, por mas ligero que sea, nos cansamos de su servicio. ¡Buen Dios! ¡Qué locura! ¡Hubo jamás una piedad mas extravagante?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nadie puede servir á dos señores a un tiempo, sobre todo tan opuestos como son Dios y el mundo; es menester necesariamente dedicarse á uno solo. Es imposible servir á Dios y al mundo al mismo tiempo; y aun cuando esto se pudiera, ¿se debería ni siquiera intentarlo? Consideremos la incompatibilidad de estos dos servicios, por la oposicion de estos dos señores. Sus leyes, sus máximas son tan contrarias, que no es posible dejar de ver que no se puede amar al uno sin aborrecer al otro, y el querer agradar al uno y al otro es desagradar á los dos. Jesucristo pide indispensablemente de todos sus siervos una pureza perfecta, una inocencia sin tacha, un corazon puro, un corazon humilde, y desprendido de todos los bienes criados. La modestia, la dulzura, la mortificacion, y una caridad sin límites y sin medida, una rectitud sin disfraz y sin artificio, la buena fe y la simplicidad, deben caracterizar á todos los discípulos de Jesucristo. No hay virtud alguna de estas que no sea indispensable,

ningun siervo de Dios debe mirar el mundo sino como el enemigo irreconciliable de Jesucristo; y por consiguiente, todos ellos deben tenerle horror, odiar su espíritu, sus leyes, sus máximas. ¿Qué mayor incompatibilidad que la de estos dos señores? ¿Qué nos parece? ¿podemos servir á los dos á un mismo tiempo? ¿al mundo, á sus máximas, su espíritu, y sus leyes enteramente contrarias á las del Evangelio? El orgullo, la ambicion, la vanidad, forman el carácter del espíritu del mundo. Una fortuna mediana no fué jamás del gusto de los mundanos. Preciso es hacer todos los esfuerzos en el mundo para salir del polvo, y elevarse sobre sus iguales. No, nunca se está contento mientras que se ve un puesto sobre aquel que se ocupa. El orgullo es la primera cualidad, y la ambicion la leccion primera que se recibe en el servicio y en la escuela de este altivo señor. Las riquezas son el idolo universal al cual dirigen los mundanos todos sus votos. El amor del placer es como el alma de todos sus deseos. La molicie, la sensualidad, la impureza misma, no solo están autorizadas en el servicio del mundo, sino que cuasi en ellas consiste todo su salario. La sencillez, la buena fe, la rectitud, están desterradas de él; y la mortificacion, esta virtud tan necesaria y tan recomendada en el cristianismo, causa horror á los mundanos. El lujo, la compostura y la vanidad son la librea de los siervos, ó por mejor decir, de los esclavos del mundo. A este tirano se sacrifica el reposo, la salud, la salvacion. Despues de esto, concordemos el servicio de estos dos señores. ¡Qué impiedad, qué locura el imaginarse que se puede agradar á los dos! Busquemos todos los expedientes que nos agradaren, usemos de

todas las contemporizaciones posibles, el espíritu del mundo extingue el espíritu del Evangelio: ¿queremos servir al mundo? Dios nos rechaza de su servicio: ¿queremos agradar al mundo? desagradamos necesariamente á Dios. Quimera, locura insigne el querer conceder alguna cosa al espíritu, y otro poco á la carne; vivir cristianamente, pero con blandura y deliciosamente; ganar los bienes del cielo, gozando los de la tierra; agradar á Dios, sin desagradar á los hombres; en una palabra, caminar sobre este método, es llevar un camino que Jesucristo no ha trazado, igualmente alejado del camino estrecho y del camino ancho, y edificar entre Babilonia y Jerusalem una nueva ciudad, en donde la caridad y el amor propio fuesen igualmente reverenciados. De este modo pretenden los mas moderados unir estos dos extremos.

No es esto, Señor, lo que yo pretendo hacer: yo quiero servir á vos solo, y jamás tendré otro señor soberano sino á vos. Vos solo reinaréis de hoy mas en mi corazón.

JACULATORIAS.

Sí, Dios mio, y mi Señor Jesucristo, yo confieso que vos solo sois Santo, vos solo sois Señor, vos solo sois Altísimo. *Eccles. Himm. Miss.*

No olvidaré yo jamás este precepto: Temerás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. *Deuter. 6.*

PROPOSITOS.

1.º Como hay pocos cristianos que aspiren de veras á una santidad perfecta, así tambien puede asegurarse que tampoco hay muchos que estén determinados á pasar su vida en un desarreglo escandaloso; el gran

número es de aquellos que buscan un temperamento entre estos dos extremos, y que querrian, si fuese posible, concordar en sí mismos la conciencia con la concupiscencia, el mundo con Dios. Se querria ser mundano sin dejar de ser cristiano; se quiere servir á Dios, y satisfacer á los deberes esenciales de la religion, sin renunciar al espíritu y á las máximas del mundo: israelita en Jerusalem, medio gentil en Babilonia; así es como se pretende contentar á Dios y al mundo, dividiéndose, por decirlo así, entre el uno y el otro; pero en vano se pretende, porque esta division no puede contentar ni al uno ni al otro. Para Dios de nada sirve la mitad, para el mundo tampoco será bastante; pero cuando el mundo se contentara con menos, por poco que se le dé, es lo mismo que no dar nada á Dios, que negárselo todo. Penetrémonos bien de esta importante verdad, ella es de la mayor consecuencia. Declarémonos por verdaderos siervos de Dios, llenemos todos los deberes de tales, y désenos muy poco de que el mundo chille. Nosotros no tenemos mas que un señor que es el mismo Dios; sirvámosle con fervor, con empeño y con fidelidad.

2.º Guardemos, sí, las atenciones del decoro; pero no seamos jamás esclavos de las extravagantes máximas de los mundanos. Acordémonos de continuo que estamos en el servicio de Dios. ¡Qué indignidad! ¡qué bajeza el sujetarnos á las quiméricas leyes de un monton de libertinos, ó de mujeres mundanas, á quienes complace el inventar modas, mudar los estilos, proscribir ó autorizar conforme á su capricho y á su mal gusto! No admitamos nunca como regla de nuestra conducta mas que las máximas del Evangelio, y por modelo la vida de los santos. En todo lo

que debemos hacer no consultemos mas que á Dios, á nuestra salvacion, á nuestra conciencia. Desterremos para siempre de nuestro entendimiento y de nuestro corazon aquella máxima indigna de un cristiano : *Asi se vive en el mundo; asi debe obrarse cuando se vive en el mundo.* Ignoremos esta jerigonza indigna de una lengua cristiana. En fin , en medio del mundo acordémonos siempre que somos cristianos.

DECIMOQUINTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llábase este domingo en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, cuya milagrosa resurreccion es el asunto del evangelio que se lee en la misa del dia, y que está en uso en Roma desde el siglo VII. La epístola de este dia es continuacion de la que se leyó en la dominica precedente. San Pablo da en ella instrucciones circunstanciadas de la moral cristiana con tal precision, que en pocas palabras dice mucho; esta sola epístola da las reglas de su conducta á todos los fieles. En toda la Escritura no tenemos cosa mas llena ni mas instructiva que ella. El introito es una corta, pero afectuosa oracion que el alma hace á Dios, animada de una viva confianza en su misericordia.

Escuchad, Señor, mi oracion, y oidme; porque estoy en el desamparo y en la indigencia, añade David. Una de las mejores disposiciones para la oracion es el conocer uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos rie, cuando lisonjea todo, estamos contentos.

Apenas sale uno de sí mismo cuando reinan la abundancia y la prosperidad; pasa uno fácilmente sin auxilio extraño cuando todo florece en el propio suelo. Mas cuando todo este esplendor tan satisfactorio se extingue; cuando la pobreza nos asalta; cuando nos vemos abandonados y hasta aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. La oracion es siempre viva, cuando es humilde; y siempre eficaz, cuando parte de un corazon humillado y contrito. Los honores, las riquezas tienen encantos que suspenden muchas veces la fe, y que debilitan siempre la devocion; las adversidades la despiertan; ninguna cosa nos hace acudir á Dios mas afectuosamente que la persecucion. David perseguido por Saul ó por Absalon reconoce su nada, la cual perdía de vista en la prosperidad y sobre el trono; durante esta persecucion, pues, durante esta afliccion, cuando se ve en este abandono universal de las criaturas, es cuando recurre á Dios. Este rey afligido y perseguido tal vez jamás hubiera pedido á Dios con tanto ardor y confianza, si no se hubiese visto en tan grande afliccion: *Conservadme, ó Dios mio, salvad á vuestro siervo que pone en vos solo toda su esperanza; movido de mis clamores, Señor, compadeceos de un siervo que no cesa dia y noche de implorar vuestra misericordia: consoladle, puesto que en su afliccion y en sus penas pone en vos solo su confianza, é implora vuestro auxilio.* Se ha dicho ya en otra parte que levantar su alma, que es la expresion de que usa David, *levavi animam meam*, hácia alguna cosa, es un modo de hablar muy ordinario en la Escritura, para expresar el deseo ardiente que tenemos del objeto de nuestros votos. Pocos salmos hay mas afec-